

POR
JORGE DE LOS SANTOS,
artista y pensador



HABLAR CON LOS MUERTOS

EL ANCIANO ITARU SUSAKI VIVE EN EL PUEBLO DE OTSUCHI (JAPÓN), QUE FUE ARRASADO POR EL TSUNAMI DEL 11 DE MARZO DE 2011, EL MISMO QUE DESTRUYÓ LA CENTRAL NUCLEAR DE FUKUSHIMA. SOLO QUEDARON EN PIE UNAS POCAS CASAS ELEVADAS EN LOS RISCOS. MESES ANTES, HABÍA MUERTO UN SER QUERIDO DEL SEÑOR SUSAKI, Y ESTE QUISO ALIVIAR SU PENA.

Afligido por el dolor de la pérdida, el anciano hizo algo extraño. En lo más alto de un cerro continuamente sacudido por el viento, construyó una cabina telefónica donde instaló un teléfono sin conexión a la línea. Todos los días entraba en la cabina, levantaba el auricular y, esperando que el viento difundiera sus palabras, hablaba con su familiar difunto. Tras la catástrofe de Fukushima, los supervivientes devastados por el dolor empezaron a acudir a ese teléfono en lo alto de Otsuchi para hablar con sus esposas, hijos y seres queridos que habían perecido, para mantener el vínculo con sus muertos. Itaru Susaki y los que le siguieron no estaban locos. Eran simplemente humanos, sujetos simbólicos, personas que tenían que “seguir teniendo que ver”, que tenían que sujetar, arrastrar, hacer mediatamente presente a los que estaban inmediatamente ausentes: sus muertos.

NIETZSCHE EXPLICABA ESA CURIOSÍSIMA CONDICIÓN. En el inicio de su *II Intempestiva* relata con exquisita prosa cómo el humano se siente fascinado por la felicidad de la manada de animales que pasta y retoza sin mayor preocupación. Cuando el humano le pregunta por el secreto de su felicidad, el animal intenta responder, pero inmediatamente olvida la respuesta, y aunque intenta recordarla no puede porque también ha olvidado ya la pregunta. En su silencio está la respuesta al secreto de su felicidad: están “atados al palo de la inmediatez”. Por eso no tienen lenguaje, por eso no son simbólicos. Porque no son capaces de sostener y arrastrar la pregunta, no tienen muertos de los que consolarse ni muerte propia de la que atemorizarse, no conocen la deuda ni anticipan su impago, no poseen historia ni proyectan su fin, no habitan mundo. Ni lo reciben ni lo entregan. No soportan el peso de conjugar, su existencia es inmediata, no mediada ni diferida, como la nuestra. En eso consiste la felicidad de un bovino que pasta, en perder el hilo. Nosotros somos un seguir el hilo. Cuando lo perdemos, pere-

ce-
mos. Ser sujetos significa estar sujetos a ese hilo, religados, haberlo atrapado de los que lo sostuvieron y soltarlo después a los que lo sostendrán. Lo nuestro es un difundir. Un recoger, sostener y entregar. De todas las caracterizaciones que nos pudieran ser atribuibles esa es la primera, el erotismo que nos vincula con todo y se posibilita por nuestra condición simbólica. Nosotros sabemos decir un “te amo” fundacional con vocación de permanencia.

EL SUJETO SIMBÓLICO ES LA OPOSICIÓN DE LA LÓGICA DE USAR Y TIRAR. No encaja en ella, se desarticula cuando se la imponen. El sujeto simbólico no consume, sino que preserva. Las redes sociales son el reino de la instantánea. El propósito de lo que allí se vuelca es olvidar lo inmediatamente volcado. Lo instantáneo siempre está aislado, nunca es erótico. Ese es el signo de nuestro tiempo. Alejandra Pizarnik lo concreta en un verso: “hablas para no verme”. Es un decir para no tener que sujetar nada ni escuchar nada ni sostener nada más que nada. Su fundamento es el palo de la inmediatez. Su sentido es el corte del vínculo. “Las palabras se suicidan”, dice también Pizarnik, pero lo hacen apenas alcanzan la superficie, apenas manchan lo público, apenas han hecho olvidar el suicidio de las anteriores. Lo expuesto nunca es un hilo; no conforma trama ni urdimbre, no hay tejido y donde no hay tejido no hay texto. La técnica de las redes sociales y de los medios de comunicación digitales es el aplastamiento que nunca sedimenta. Aplasta y se evapora, no permite ni siquiera un sustrato vertical, no hay hondura, no hay capas, ninguna aguja que rebuscar en el pajar. Aplastar para ser inmediatamente aplastado, vapor de agua que ni siquiera condensa, burbujas en ebullición que no forman nube. No están producidas para el sujeto simbólico, sino para la manada que pasta, retoza y pierde el hilo. Para aquellos rumiantes que pierden hasta a sus muertos y son incapaces, porque se olvidan, de descolgar el teléfono. □

“ Instaló un teléfono sin conexión a la línea. Entraba en la cabina y hablaba con su familiar difunto, esperando que el viento difundiera sus palabras ”

